

Extracto de *La flecha del tiempo*

Martin Amis

PRIMERA PARTE

Lo que va de un lado a otro, no sigue un rumbo fijo

Desperté del más negro sueño y me encontré rodeado de *médicos*... Médicos norteamericanos: percibí su vigor, tan incontrolable como su profuso vello corporal, y también el ominoso tacto de sus ominosas manos, manos de médico, fuertes, limpias, aromáticas. Aunque mi parálisis era ya casi total, advertí que podía mover los ojos. No es que se movieran mucho, pero se movían. Los médicos parecían aprovecharse de mi inmovilidad. Tuve la impresión de que hablaban de mi caso, pero también de otros asuntos relacionados con su copioso tiempo libre: de sus aficiones y de cosas por el estilo. Y entonces me vino a la mente un pensamiento que me sorprendió por su sencillez y su sinceridad, rotundo, claro: ¡cómo aborrezco a los médicos! A cualquier médico. A todos los médicos. Consideremos el conocido chiste de judíos, en el que una anciana corre aturdida por la orilla del mar, gritando: «¡Socorro! ¡Mi hijo, el médico, se ahoga!». Divertido, diría yo. Es su orgullo, diría yo, lo divertido: es más grande que su amor. Pero ¿a santo de qué enorgullecerse de esos niños *médicos*?, (¿por qué no avergonzarse, por qué no un incrédulo terror?): amigos íntimos de los bacilos y las triquinas, de los traumas y la gangrena, con su repugnante vocabulario y su instrumental no menos repugnante (el ensangrentado peto de goma, colgando de un gancho en la pared). Son los porteros de la vida. ¿Cómo es posible que haya quien quiera serlo?

Los médicos que rodeaban mi cama llevaban, por descontado, una indumentaria mucho más deportiva; emanaba de ellos una vaga confianza en sí mismos, como la que proporciona un bronceado perfecto, y esa unanimidad que inspira la seguridad de ir en grupo. Dadas mis circunstancias, sus modales podrían haberme resultado insultantemente despreocupados. Sin embargo, la propia insulsez de aquellos médicos, o corredores de medio fondo, o culturistas, o lo que fuesen aquellos expertos en lozanía, me infundió ánimos; seguramente, esto tuvo que ver con su sonriente propensión a darse buena vida. La buena vida, al fin y al cabo, es mejor que la mala vida. Da la debida importancia al *wind-surf*, por ejemplo, a la placentera compra de valores de futuro asegurado y al tiro con arco, y al vuelo en ala delta, y a la buena mesa. Mientras dormía, soñé con un... No, no fue así. Lo explicaré de otra manera: presidía las tinieblas de las que yo había despertado una figura, una silueta masculina, envuelta en un aura inconmensurable, imposible de definir, que encerraba cosas tales como la belleza, el terror, el amor, la inmundicia y, sobre todo, el poder. Esta silueta o esencia masculina parecía llevar algo así como una bata blanca (una bata blanca y almidonada, impecable, de médico). Y botas negras. Y también una especie de sonrisa. Pienso que aquella imagen tal vez fuera un fantasmagórico negativo del Médico Número Uno, con su chándal negro, sus robustas zapatillas deportivas, y la mueca de satisfacción que esbozó al señalarme el pecho con un movimiento de cabeza.

El tiempo pasó entonces sin dejar ni rastro, pues se había entregado por completo a la lucha, con la cama cubierta de redes como una trampa o un foso, y la sensación de iniciar un terrible viaje, un viaje hacia un secreto terrible. ¿Con qué tendría que ver el secreto? Con él, era con él: el hombre menos indicado en el momento menos indicado y en el lugar menos indicado. Era evidente que me iba fortaleciendo. Mis médicos venían y se iban, con las manos inertes y conteniendo la respiración, para admirar mis nuevos gorjeos y gimoteos, mis crispaduras más espectaculares, mis atléticas contorsiones. A menudo, había allí una enfermera, sola, en adorable vigilia. Su uniforme color crema crujía como si fuera de celofán, un ruido en el que sentí que podía apoyar todos mis anhelos y mi esperanza. Y es que por aquel entonces había mejorado notablemente y me sentía en plena forma. Nunca había estado mejor. Las sensaciones, con todos sus lujos, regresaron primero a mi costado izquierdo (de repente) y luego al derecho (con alegres circunvoluciones). Me gané incluso las alabanzas de la enfermera al arquear ágilmente la espalda, casi sin su ayuda, cuando me puso la cuña... De todos modos, seguí tendido allí, en un estado de festiva tranquilidad, durante no sé cuánto tiempo, hasta que llegó la mala hora... y los celadores. Con los doctores golfistas me las arreglaba como podía, y la enfermera era un regalo

que no había merecido. Pero entonces vinieron los celadores, que me administraron dosis de aire y electricidad. Eran tres. Nada ceremoniosos. Entraron a toda prisa en la habitación, me envolvieron con mi propia ropa, hecho un guiñapo, y me dejaron tendido en el jardín. Hasta aquí, pase. Luego, con los mangos de una comba de saltar, parecidos a dos teléfonos (blanco... al rojo vivo), me soltaron una descarga en el pecho. Por último, antes de largarse, uno me besó. Creo que sé cómo llaman a este beso. Lo llaman el beso de la vida. Después, debí de desmayarme.

Y cuando volví en mí, fue con un ¡plop! bien audible en los dos oídos, y una intensa conciencia de mi soledad, y un sentimiento de amor y admiración por el estólido corpachón dentro del que estaba, el cual incluso en aquellos momentos iba a la suya, despreocupado, y trataba de estirarse todo lo que podía por encima de unos rosales para clavar en la pared de madera una enredadera que se había soltado. El corpachón se tomó su tiempo para colocar la enredadera; sus movimientos eran lentos; sí, realmente, sabía lo que se hacía. Hubiera querido relajarme y contemplar el jardín... pero algo falla. Sí, algo falla: este cuerpo que me lleva se niega a obedecer mis órdenes. Mira a tu alrededor, le digo. Pero su cuello no me hace caso. Sus ojos tienen su propio programa. ¿Será algo grave? ¿Estamos bien? No me entró el pánico. Tuve que arreglármelas con la visión periférica; a falta de pan, buenas son tortas. Vi partículas de flora rizadas que bailoteaban temblorosas, como pulsaciones o débiles explosiones, a los lados de la cabeza. Y el ambiente que me rodeaba era de un verde pálido, un ambiente cerrado y adornado con lo que parecían marcas de agua, como... como los billetes americanos. Fui de un lado a otro, desgarrado, sin prisas, hasta que empezó a oscurecer. Dejé de cualquier manera las herramientas en el cobertizo. Un momento, espera. ¿Por qué entro en casa caminando *hacia atrás*? Espera. ¿Se pone el sol, o amanece? ¿Cuál... cuál es la secuencia del viaje que estoy haciendo? ¿A qué reglas obedece? ¿Por qué cantan los pájaros de ese modo tan raro? ¿Hacia dónde me encamino?

Sea como fuere, lo cierto es que se han establecido una serie de hábitos. Parece que poco a poco les voy cogiendo el tranquillo.

Así pues, aquí estoy, en la América de la ropa tendida y los buzones ante las casas, en la América inocua, en la *América* afable, de colores primarios, en donde se mezclan gentes de todas las procedencias y, si tú estás bien, pues yo también. Me llamo, ciertamente, Tod Friendly. Tod T. Friendly. Pero también

estoy allí. Estoy ante los locales donde se reúne la inexperta juventud, o en la Ferretería Mundial de Hank, o en la extensión de césped que hay delante del blanco edificio del Ayuntamiento, sacando el pecho y con los brazos en jarras mientras me río silenciosamente: ¡ja, ja, ja! Porque yo soy así. Allí estoy. Estoy en la verdulería, en la oficina de correos, diciendo «¡Hola!» y «¡Hasta luego!» y «¡Bien, bien...!». Pero no es así del todo. Más bien suena como:

—Neib. Neib —dice la dependienta de la farmacia.

—Neib —me sumo a sus monosílabos—. ¿Lat éuq?

—Mm-mmm. Isa, Isa —dice la dependiente mientras desenvuelve mi loción para el cabello. Mientras me voy caminando de espaldas, me llevo la mano al sombrero. Hablo sin volición, igual que hago todo lo demás. A decir verdad, me costó bastante darme cuenta de que el lamentable gorjeo que oía a mi alrededor era, en realidad, el lenguaje humano. ¡Diantre, si hasta las alondras y los gorriones parecen más dignos! Traduzco esa cacofonía humana por puro interés. Pronto le cogí el tranquillo. Ahora tengo mucha soltura, incluso puedo soñar en ese lenguaje. Hay otro lenguaje, un segundo lenguaje, aquí, en la cabeza de Tod. Algunas veces también soñamos en ese lenguaje.

Así pues, allá vamos, con el sombrero bien puesto y el mejor de los calzados, la *Gaceta* doblada bajo el brazo, pasando por delante de los cortos caminos privados para coches (EN APRETADA SUCESIÓN), de los buzones con sus nombres (Wells, Cohén, Rezika, Meleagrou, Klodzinski, Schering-Kahlbaum y muchísimos más), de la apacible ambición de todo hogar (Por favor, respete los derechos del propietario), de los autobuses llenos de críos a rebosar, del letrero amarillo: DESPACIO - ZONA ESCOLAR, y del perfil oscuro de ese jovencito alocado con la cartera de colegial aplastada contra el pecho (no mira a ninguna parte; claro, está demasiado ocupado corriendo; la cara, los ojos, todo él va inclinado hacia el suelo; no piensa en los automóviles: sólo le interesa ejercer del modo más pleno posible su derecho al ejercicio físico). Cuando los críos pasan zumbando a mi lado en el supermercado, restregó su pelo revuelto con la casta caricia tradicional. Tod Friendly. No tengo acceso a sus pensamientos, pero sus emociones me arrastran como una avenida. Soy un cocodrilo en el ancho río de sus sentimientos. ¿Saben una cosa? Cada mirada, cada par de ojos, incluso cuando se entornan con sincero aprecio, hace blanco en algo que hay dentro de él; y percibo el calor del miedo y la vergüenza. ¿Es eso lo que me espera? El miedo de Tod, cuando me paro a analizarlo, verdaderamente, es terrorífico. Y es inexplicable. Tiene que ver con su propia mutilación. ¿Quién podría hacer tal cosa? ¿Cómo podría evitarlo?

Fíjense en esto. Rejuvenecemos. En serio. Y nos fortalecemos. E incluso *crecemos*. No acabo de habituarme al mundo en que estamos. Todo resulta vagamente familiar, pero no inspira confianza. Ni la más mínima. Éste es un mundo de errores, de errores diametrales. El resto de la gente rejuvenece también, pero se diría que le importa tan poco como a Tod. No le resulta contrario a sus intuiciones y un tanto desagradable, como me pasa a mí. Con todo, soy impotente: no puedo hacer nada, absolutamente nada. No me es posible convertirme en una excepción. ¿Llevarán los demás a alguien dentro de sí, un pasajero o un parásito como yo? Tienen suerte. Me juego cualquier cosa a que no tienen el mismo sueño que nosotros. Esa figura de la bata blanca y las botas negras. Tras su estela, una tempestad de viento y aguanieve, como una tormenta de almas.

Todos los días, cuando Tod y yo terminamos de leer la *Gaceta*, la devolvemos al quiosco. Me fijo bien en la fecha. Y ¿saben qué pasa?: después del 2 de octubre es 1 de octubre. Después del 1 de octubre es 30 de septiembre. ¿Cómo se explica eso? Se dice que los locos guardan en el interior de sus cabezas una película, o al menos un decorado, que ordenan y decoran, y por el que deambulan. Pero Tod está cuerdo, al menos en apariencia, y no vive solo en el mundo. Sin embargo, tengo la sensación de que esta película han empezado a pasarla por el final.

No soy totalmente inocente.

Por ejemplo, resulta que estoy equipado con una abundante información que no vale nada, o de cultura general, si así se prefiere. $E = mc^2$. La velocidad de la luz es de 335.000 kilómetros por segundo. ¡No es nada lenta! El universo es finito, pero ilimitado. En cuanto a los planetas, son Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón... ¡pobre Plutón, bajo cero, subnormal, hecho de hielo y de roca, tan lejos del calor y de la luz! La vida no es un lecho de rosas. Está llena de altibajos. Triunfas en algunas ocasiones, eres derrotado en otras. A veces es ancha y llana. Otras veces hay que subirla cuesta arriba. Lo que va de un lado a otro, no sigue un rumbo fijo. 1066, 1789, 1945. Dispongo de un vocabulario soberbio (mónada, retráctil, necrópolis, palíndromo, antidesestabilizacionismo) y de un dominio imperturbable de las reglas gramaticales. El apóstrofo, en la frase inglesa «Please Respect Owner's Rights», no está donde debería. (Y lo mismo pasa con el del cartel que se ve en la carretera, el que ensalza las excelencias de Rogers Liquor Locker e indica su situación). Aparte de las palabras que denotan movimiento o proceso, que siempre me obligan

a echar mano de las comillas («dar», «caer», «comer», «defecar»), el lenguaje escrito me resulta perfectamente comprensible, al contrario que el hablado. Ahí va otro chiste: «Ella me llama y me dice: “Puedes venir. No hay nadie en casa”. Así que voy para allá y ¿sabes qué pasa? Pues que no hay nadie en casa». Marte es el dios de la guerra en la mitología romana. Narciso se enamoró de su propio reflejo..., de su propia alma. Si haces un trato con el diablo, y quiere que le entregues algo a cambio, no permitas que se lleve tu espejo. Tu espejo no, de ninguna manera, pues es tu reflejo, tu doble, el que comparte tus secretos. Una cosa hay que decir del diablo: obra por iniciativa propia y no se limita a obedecer órdenes.

Nadie podría acusar a Tod Friendly de estar enamorado de su propio reflejo. Al contrario, no soporta verlo. Se acicala al tacto: se afeita con maquinilla eléctrica y él mismo se corta el pelo con unas tremendas tijeras de cocina. ¡Sabe Dios qué aspecto tendrá! Hay en casa unos cuantos espejos, como cabría esperar, pero él no los consulta ni se enfrenta a ellos. De vez en cuando le veo de refilón en el escaparate oscurecido de una tienda; a veces también percibo su reflejo distorsionado en el cromado de un grifo o de un cuchillo. Hay que decir que mi curiosidad es avivada por una nerviosa ansiedad. Su cuerpo no parece nada prometedor: las épicas manchas café con leche en el dorso de las manos, el torso envuelto en carne flácida que huele a pollo y a menta, los pies. Nos cruzamos con algunos espléndidos ejemplares de anciano americano por las avenidas de Wellport: orondos abuelos y veteranos y fornidos lobos de mar; en verdad, «magníficos». Tod no es magnífico. Todavía no. De momento, está bastante cascado; anda encorvado, mira de reajo y se siente avergonzado. ¿Y su cara? Bueno, pues ocurrió; de noche, entre dos pesadillas. Había llegado paso a paso hasta el cuarto de baño, a oscuras, y se desmoronó sobre el lavabo, desorientado, sin saber quién era, intentando sosegarlo o recuperar la calma por medio del agua corriente. Tod soltó un gemido y se enderezó ante el espejo oscuro, y alargó la mano en busca del interruptor. Se entretiene demasiado, pensé. *Debería* hacerlo a la velocidad de la luz. ¡Venga, va! ¡Ahora...!

Esperaba verlo hecho una mierda, pero aquello fue ridículo. ¡Santo cielo! Realmente, estamos hechos una mierda, para qué negarlo. Parecemos una boñiga de vaca, de verdad. ¿Sería posible que aquello fuera una persona? Sí; lentamente, tomó forma: la cabeza de Tod. La flanqueaban dos grandes orejas como guitarras, y sobre su cuero cabelludo, que recordaba una piel de naranja, se enroscaban como gusanos sus ralos cabellos. Que, encima, son grasientos. Esto ya lo suponía: todas las mañanas embotella el mejunje que despiden y, cada dos meses o así, lleva el envase a la farmacia, donde le dan 3 dólares

con 45 centavos por él. Y otro tanto hace con ese polvo de olor dulzón que se desprende de sus carnes misteriosamente culpables... Y qué diré del propio rostro: entre sus ruinas y sus reliquias, que no dicen nada, hay un remolino de expresividad en torno a los ojos, severo, reservado, impregnado de un peculiar sentido del humor, y lleno de temor. Tod apagó la luz. Volvió a la cama y reanudó su pesadilla. Sus sábanas tienen el blanco olor del miedo. Estoy obligado a oler lo que él huele: los polvos de talco, el olor de sus uñas antes de que el fuego las escupa en el plato para ser implantadas dolorosamente en sus temblorosos dedos.

¿Son figuraciones mías, o esta manera de vivir es realmente extraña? Por ejemplo, toda la vida, todo el sustento, todo lo que tiene algún sentido (y buena parte del dinero) derivan de un solo aparato doméstico: la cadena del retrete. Al terminar el día, antes de tomarme el café, allá voy. Y ya está allí: ese humillante y *cálido* olor. Me bajo los pantalones y tiro de la mágica cadena. De pronto, ahí está todo, incluido el papel higiénico, que desdoble y enrolló después, con destreza, en el portarrollos. Acto seguido, me subo los pantalones y aguardo a que se me pase el dolor. El dolor, tal vez, de todo el proceso, de tanta dependencia. No es de extrañar que gritemos al hacerlo. Un rápido vistazo al agua limpia en la taza. No sé, pero a mí esta vida me parece un infierno. Después, las dos tazas de café descafeinado antes de meterse uno en la cama.

Comer tampoco tiene ningún atractivo. Primero apilo los platos limpios en el lavavajillas, que funciona estupendamente, diría que al igual que todos los demás electrodomésticos que me ahorran trabajo, hasta que llega un hijoputa gordinflón vestido con mono y los estropea con sus herramientas. Pero de momento funciona. Así que sacas un plato sucio, recoges unos restos de comida del cubo de la basura y esperas un poco. Pronto mi garganta envía a mi boca una serie de masas informes de diversos alimentos, y después de darles un habilidoso masaje con la lengua y los dientes, los escupo al plato, donde acabo de esculpirlos con el cuchillo, el tenedor y la cuchara. Por lo menos, esto es bastante terapéutico, a no ser que te las tengas que ver con una sopa o un puré. Eso sí que puede ser su muerte. Después viene el laborioso proceso de enfriar los alimentos, reunirlos, envasarlos y llevarlos al supermercado, en donde, todo hay que decirlo, se me retribuye con prontitud y generosidad por mis ímprobos esfuerzos. Luego, me paseo entre los estantes con un carrito o una cesta, dejando los botes y los paquetes en su lugar correspondiente.

Otra cosa me desazona seriamente en mi vida actual: la lectura. Me levanto renqueando de la cama todas las noches, para empezar el día, y ¿con qué? Pues no con un libro. No, ni siquiera con la *Gaceta*. Me paso dos o tres horas con una porquería de periódico sensacionalista. Empiezo por el pie de una columna y avanzo trabajosamente página arriba, hasta encontrar que cada artículo queda resumido de forma nada edificante con unas letras grandes como el puño de un bebé. UN HOMBRE DA A LUZ A UN PERRO. O, VEDETTE VIOLADA POR UN PTERODÁCTILO. Greta Garbo, leo, se ha reencarnado en un gato. ¡Y todas esas tonterías acerca de los gemelos! Una raza superior, nórdica, descenderá bien pronto de las gélidas nubes del cosmos; regirá los destinos de la tierra durante un milenio. Y dale que te pego con lo de la Atlántida. Claro que todo eso resulta lógico, porque son los basureros quienes me traen la lectura. Entro en casa las bolsas, esas bolsas que han salido de las fauces monstruosas y la violencia industrial del camión de la basura. Y me siento a escupir en mi vaso mientras me empapo a fondo de esa sarta de estupideces. No me queda más remedio. Estoy a merced de Tod. ¿Qué ocurre? En el mundo, quiero decir. No hay manera de enterarse. Excepto cuando a Tod se le va la vista del crucigrama de la *Gaceta*. Me paso la mayor parte del tiempo mirando fijamente cosas como *Lo contrario de minúsculo* (nueve letras) o *Sin ensuciar* (seis). Hay una vitrina en el cuarto de estar. Tras los cristales polvorientos, los polvorientos lomos de los libros están en posición de firmes, esperando una orden. Nada, ni caso. En cambio: VIDA SEXUAL EN PLUTÓN. SOY ZSA ZSA GABOR, AFIRMA UN SIMIO. ¡QUINTILLIZOS SIAMESES!

De todos modos, a medida que los años pasan dando tumbos, nos hemos ido llevando algunas alegrías inesperadas. Diría que la era de Reagan obra maravillas en el estado anímico de Tod.

Físicamente, me encuentro en plena forma. Los tobillos, las rodillas y el espinazo ya no me duelen a todas horas; bueno, más bien, ya no me duele todo al mismo tiempo. Llego a donde sea mucho más aprisa que antes; me refiero a sitios como, por ejemplo, el otro lado de la habitación. Llego ahí en un periquete. Mi porte es casi principesco. Hace mucho tiempo que vendí el bastón.

Tod y yo nos sentimos tan estupendamente que nos hemos hecho socios de un club y jugamos al tenis. Puede que haya sido algo prematuro, lo reconozco. Y es que, al menos al principio, nos dejaba la espalda baldada. El tenis es un deporte bastante soso, de eso ya me he dado cuenta: la pelota, cubierta de

pelusa, sale de la red, o de la tela metálica que hay al fondo de la pista, y los cuatro nos ponemos a darle raquetazos hasta que el jugador que saca se la mete en el bolsillo, con bastante arbitrariedad, diría yo. Pese a todo, saltamos, resoplamos de un lado a otro, felices hasta cierto punto. Nos tomamos el pelo y nos burlamos los unos de los otros: de nuestros bragueros, de nuestros cabestrillos. Las raquetas suenan ¡pap! Tod ha hecho muchos amigos; se diría que a todo el mundo le cae bien. No sé qué piensa Tod de ellos; sólo sé, por lo que indican sus glándulas, que no necesita ninguna atención especial, que no necesita atenciones de ninguna clase.

Nos pasamos la mayor parte del tiempo en la sala del club, jugando a las cartas. Es en esa sala donde veo al presidente, en la tele que hay en la pared, sobre una repisa. Pues sí, los ancianos, esos viejecitos llenos de manchas que forman corros mientras toman sus zumos de frutas, se lo pasan en grande con el presidente: qué manera de fruncir el ceño, qué meteduras de pata, qué cabello tiene, fetén. A Tod le gusta la sala del club, y eso que hay allí un hombre al que teme y odia. Se llama Art y es un abuelo grande como un gorila que da unas palmadas en la espalda que te desloman, y tiene una voz penetrante y poderosa que parece venir de ultratumba. Hasta yo me quedé petrificado de miedo la primera vez que Art se inclinó sobre la mesa en la que estábamos, le soltó a Tod un pescozón que por poco le parte el cuello y le dijo después, con un vozarrón tremendo:

—*Te las comes con los ojos.*

—Sí. ¿Qué? —dijo Tod. Se inclinó un poco más.

—Los otros, a lo mejor, no se han dado cuenta, Friendly, pero yo sé muy bien qué andas buscando.

—¡Ah, bueno!, eso son exageraciones.

—¿Qué, sigues persiguiéndolas? —gritó Art, y se alejó con paso enérgico.

Cada vez que intentamos pasar sin ser vistos al lado de la mesa de Art, se hace el silencio, y entonces se oye un penetrante susurro que resuena de un lado a otro de la sala:

—Tod Friendly: tenía más cara que culos ha visto un asiento de retrete.

A Tod eso no le gusta nada. No le hace ni pizca de gracia.

No obstante, he observado que últimamente, en el supermercado, los ojos de Tod Friendly se pegan como lapas a las *fráuleins* que empujan sus carritos. Los tobillos, el nacimiento de las caderas, el hueco de la clavícula, el cabello... Por otra parte, Tod tiene una arqueta negra llena de fotos de mujeres. Putones escandalosos, vestidas de fiesta hortera y con trajes de lo más cutre. Cartas festoneadas con cintitas, guardapelos, las chucherías del amor. Más al fondo

de la arqueta, en las profundidades donde Tod no suele hurgar con demasiada frecuencia, las mujeres son cada vez más jóvenes, y visten prendas como *shorts* y bañadores. Si todo esto significa lo que yo creo, tengo razones para estar muy impaciente. La verdad es que no sé si podré esperar. No sé si tiene algún sentido decir que me estoy empezando a cansar de la compañía de Tod. Estamos unidos de un modo absoluto. Pero no es bueno que él esté tan solo. Su aislamiento es total. Y es que no sabe que yo estoy aquí. A todas horas nos da por coger nuevos hábitos. Malos hábitos, según entiendo yo: en cualquier caso, hábitos solitarios. Tod peca a solas... Le gustan el alcohol y el tabaco. Empieza el día dándose a estos vicios —el vaso de vino a escondidas, el puro meditabundo—, y se supone que eso es muy pernicioso, ¿no? Pero aún hay más. No con demasiado entusiasmo, ni tampoco con gran éxito, al menos por lo que yo alcanzo a entender, hemos empezado a hacer algo evidentemente sexual con nosotros mismos. Eso sucede, *cuando* sucede —más bien pocas veces—, nada más despertarnos. Luego nos ponemos en pie a duras penas, recogemos las ropas del suelo y nos sentamos a babear hasta llenar el vaso mientras soplamos un pausado puro mirando el periódico lleno de absurdas sandeces sensacionalistas.

No podría decir, y la verdad es que necesitaría saberlo, si Tod es bueno. O lo malo que es. Les quita los juguetes a los niños, en la calle. De veras. El niño está con su nerviosa madre, con su papá grandullón. Tod se les acerca. El juguete, que puede ser un patito que hace cuá o cualquier cosa por el estilo, le es ofrecido por la sonriente criatura. Tod lo acepta. Y se marcha sonriendo de un modo que me parece muy forzado para mostrar su agradecimiento. El niño parece confuso, desconcertado, o crispado. Desaparecen a la vez el juguete y la sonrisa: Tod se lleva el juguete y la sonrisa. Después encamina sus pasos a la tienda, a cambiarlo... ¿Por qué? Por un par de dólares. ¡Parece increíble! Sería capaz de quitarle una piruleta a un bebé, con tal que le reportara cincuenta centavos de beneficio. Tod va a la iglesia y todo eso, claro. Entra en la iglesia los domingos arrastrando los pies, con sombrero, corbata y traje oscuro. Esa mirada de conmiseración que se recibe de todos los presentes, nada más entrar... bueno, se diría que Tod la necesita, que no puede vivir sin ese tranquilizante social. Nos sentamos en hileras y adoramos un cadáver. Pero está bien claro qué anda buscando Tod. ¡Joder, si es que no tiene vergüenza! Siempre coge un billete de los grandes del cestillo de la colecta.

Todo es extraño para mí. Sé que vivo en un planeta feroz y mágico, que derrama lluvia o renuncia a ella, o incluso se la quita de encima a latigazos, sin parar, y que arroja centellas de oro eléctrico al firmamento, a una velocidad de 335.000 kilómetros por segundo, y que con un simple encogimiento

de sus placas tectónicas es capaz de erigir toda una ciudad en media hora. La creación... es fácil, es rápida. También hay un universo, al parecer. Pero yo no soporto la vista de las estrellas, aun cuando sé que están allí, me guste o no, y no tengo más remedio que verlas, porque Tod mira hacia arriba cuando es de noche, como todo el mundo, y se llena de admiración y señala aquí y allá. La Osa Mayor, Sirio, el Can Mayor. Para mí, las estrellas son agujas y alfileres, son como la ruta que ha de seguir una pesadilla. Mejor que no unas los puntos... De todas las estrellas, sólo una puedo contemplar sin sentir dolor. Y resulta que es un planeta, ese planeta que unos llaman Lucero del alba y otros Lucero vespertino. Venus, el vehemente.

Hay cartas de amor —lo sé— en esa arqueta negra que tiene Tod. Me repito que he de cultivar la paciencia. Entretanto, algunas veces pliego y cierro como buenamente puedo y luego despacho cartas que no hemos escrito. Es Tod quien las hace, con el fuego. Aquí al lado, en la chimenea. Después, salimos a pasear y las metemos en nuestro buzón, donde hay un letrero que dice T. T. FRIENDLY. Son cartas para mí, para nosotros. Por ahora, sólo hay un corresponsal. Alguien de Nueva York. Siempre es la misma firma a pie de página. Bueno, también es siempre la misma carta. Dice así: «Estimado Tod Friendly: espero que esté bien de salud. ¡Aquí el tiempo sigue en calma! Con mis mejores deseos, afectuosamente...». Estéis cartas llegan anualmente, más o menos a principios de año. Bien pronto empezaron a resultarme reiterativas e insulsas. Tod piensa de modo muy distinto. Durante noches y noches, antes de que lleguen las cartas, su fisiología trasluce un miedo que le hace estar alerta, al que sigue un despreciable alivio.

Pero, en cambio, me gusta mirar la luna. Tiene una cara, a estas alturas del mes, especialmente timorata y redondeada, como el alma exiliada o degradada de la tierra.